

Suets C.e

"El pensar filosófico como acontecer
en el aula"

Martin Heidegger
¿Qué significa pensar?

E D I T O R I A L T R O T T A

La edición de esta obra ha contado con la ayuda de Goethe-Institut

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie Filosofía

Título original: Was heißt denken?

© Editorial Trotta, S.A., 2005
Ferroz, 55. 28008-Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
<http://www.trotta.es>

© Max Niemeyer Verlag Tübingen, 1997

© Raúl Gabás Pallás, 2005

ISBN: 84-8164-788-8
Depósito Legal: M-43.086-2005

Impresión
Marfa Impresión, S.L.

*A mi fiel compañera
en su sesenta aniversario*

ÍNDICE

Nota previa 11

Primera Parte

Las lecciones en el semestre de invierno de 1951-1952 13

El hilo conductor entre las lecciones 75

Segunda Parte

Las lecciones en el semestre de verano de 1952 111

El hilo conductor entre las lecciones 203

NOTA PREVIA

Este escrito ofrece el texto intacto de los dos cursos, de una hora semanal cada uno, que bajo el mismo título fueron impartidos en el semestre de invierno de 1951-1952 y en el semestre de verano de 1952 en la Universidad de Friburgo de Brisgovia.

El texto de cada hora de las lecciones se indica mediante números romanos.

Las pausas semanales, o de mayor duración, entre las diversas clases me obligaban a trazar un hilo conductor para establecer una conexión con lo dicho anteriormente. Resumía, pues, el contenido de la sesión precedente y creaba así un clima de continuidad para los oyentes. Estos hilos conductores aparecen impresos por separado. Pueden leerse en su propia sucesión o intercalarse como transición entre las diversas clases del curso.

Primera Parte

SEMESTRE DE INVIERNO DE 1951-1952

Nos adentramos en lo que es pensar cuando pensamos nosotros mismos. Para tener éxito en este intento hemos de estar dispuestos a un aprendizaje del pensar.

Tan pronto como tomamos el camino del aprender, confesamos por ello mismo que todavía no somos capaces de pensar.

Pero el hombre incluye en su propia denominación la capacidad de pensar, y esto con razón. Él es, en efecto, un viviente racional. La razón, la *ratio*, se desarrolla en el pensamiento. Como el viviente racional, el hombre ha de poder pensar, con tal que quiera hacerlo. Pero quizá el hombre quiera pensar y no lo logre. A la postre, en este querer pensar pretende demasiado y, por ello, puede demasiado poco. El hombre puede pensar en cuanto tiene la posibilidad para ello. Pero esa posibilidad no nos garantiza todavía que seamos capaces de hacerlo. Lo cierto es que sólo somos capaces de aquello que apetece. Y, en verdad, apetece solamente lo que, por su parte, nos anhela a nosotros mismos y nos anhela en nuestra esencia, en cuanto se adjudica a nuestra esencia como lo que nos mantiene en ella. Mantener (manutención) significa propiamente proteger, dejar pacer en la tierra de pastos. Sin embargo, lo que nos mantiene en nuestra esencia sólo nos sustenta mientras nosotros mismos por nuestra parte retenemos lo que sostiene. Lo retenemos si no lo dejamos escapar de la memoria. La memoria es la congregación del pensamiento. ¿Con miras a qué? Con miras a lo que

Ullmann hst.

nos sostiene, en cuanto esto es pensado en nosotros, pensado precisamente porque es lo que merece pensarse. Lo pensado es lo regalado con un recuerdo, regalado porque lo apetecemos. Sólo si apetecemos lo que en sí merece pensarse, somos capaces de pensamiento.

Para ser capaces de pensamiento hemos de aprenderlo. ¿Qué es aprender? El hombre aprende en cuanto pone su hacer y omitir en correspondencia con lo que de esencial se le adjudica en cada caso. Aprendemos el pensamiento en la medida en que atendemos a lo que da que pensar.

Nuestro lenguaje llama, por ejemplo, lo amistoso a lo que pertenece a la esencia del amigo. Análogamente, a lo que en sí es lo que ha de pensarse, lo llamamos lo que pone o deja pensativo. Todo lo que pone pensativo da que pensar. Pero este don se confiere solamente si lo que pone pensativo es de suyo lo que ha de pensarse. Ahora y a continuación, a aquello que ha de pensarse siempre, desde antiguo y antes de cualquier otra cosa, lo llamaremos lo más merecedor de pensarse. ¿Qué es lo que más merece pensarse? ¿Cómo se muestra en nuestro tiempo problemático?

Lo que más merece pensarse es que nosotros todavía no pensamos; todavía no, aunque el estado del mundo se hace cada vez más problemático. Este hecho parece exigir, más bien, que el hombre actúe y actúe sin demora, en lugar de hablar en conferencias y congresos y moverse en la mera representación de lo que debería ser y de cómo habría de hacerse. Falta, por tanto, acción y de ningún modo pensamiento.

Y, sin embargo, quizá el hombre hasta ahora, desde siglos, ha actuado ya demasiado y pensado demasiado poco. Pero ¿cómo hoy puede afirmar alguien que nosotros no pensamos todavía, siendo así que en todas partes hay un interés vivo por la filosofía, un interés cada vez más patente, siendo así que casi todos pretenden saber qué pasa con la filosofía? Los filósofos son «los» pensadores. Así se llaman porque propiamente el pensamiento tiene su escenario en la filosofía.

Nadie pondrá en duda que hoy se da un interés por la filosofía. Pero ¿hay algo en nuestros días por lo que no se interese el hombre, si bien, evidentemente, bajo la forma de lo que él entiende por «interesarse»?

«Inter-és» significa: ser cabe las cosas y entre las cosas, hallar-

se en medio de una cosa y permanecer junto a ella. Pero lo cierto es que para el interés actual sólo vale lo interesante. Eso es lo que permite estar indiferente ya en el próximo momento y suplantarlo anterior por otra cosa, por otra cosa que nos afecta tan poco como lo anterior. Con frecuencia hoy creemos valorar algo especialmente por el hecho de encontrarlo interesante. Pero, en verdad, a través de ese juicio lo interesante queda desplazado ya a lo indiferente y muy pronto aburrido.

El que se dé un interés por la filosofía, todavía no es un testimonio fehaciente de la disposición a pensar. Sin duda hay por doquier una ocupación seria con la filosofía y sus preguntas. Hay un loable derroche de erudición para investigar su historia. Existen aquí tareas útiles y laudables, para cuya realización sólo las mejores fuerzas son suficientemente buenas, sobre todo cuando los investigadores ponen ante nuestros ojos los prototipos del gran pensamiento. Con todo, el hecho mismo de que durante años nos entreguemos con auténtico empeño al estudio de los tratados y escritos de los grandes pensadores, todavía no nos concede la garantía de que nosotros mismos pensemos o estemos dispuestos a aprender a pensar. Por el contrario: la ocupación con la filosofía puede simularnos muy pertinazmente la apariencia de que pensamos puesto que «filosofamos» sin cesar.

No obstante, sigue siendo extraño y parece arrogante afirmar que en un tiempo tan problemático como el nuestro, es el hecho de que no pensamos todavía lo que más merece pensarse. De ahí que debamos demostrar esta afirmación. Sin embargo, será más aconsejable esclarecerla primeramente. Pues podría suceder que, tan pronto como veamos con claridad lo que está implicado en ella, se haga innecesaria toda prueba. La afirmación dice:

Lo que más merece pensarse en nuestro tiempo problemático es el hecho de que no pensamos.

Hemos insinuado ya cómo debe entenderse la expresión «lo más merecedor de pensarse». Es lo que nos da que pensar. Tengámoslo muy en cuenta y concedamos su peso a cada palabra. Hay algo que por sí mismo, de suyo, en virtud de su cuna, digamos, nos da que pensar. Hay algo que nos incita a tomarlo en consideración, a que nos dirijamos a ello en forma pensativa, a que lo pensemos.

Por tanto, lo que merece pensarse, lo que nos da que pensar,

de ninguna manera está fijado, no está implantado por nosotros, no somos nosotros los que lo hemos puesto ante nuestros ojos, los que lo hemos re-presentado. Lo que más da que pensar de suyo, lo más merecedor de pensarse, según la afirmación mencionada, es el hecho de que nosotros todavía no pensamos.

Y esto significa ahora: todavía no hemos llegado ante el ámbito, todavía no hemos entrado en el ámbito de lo que de suyo quisiera ser pensado en un sentido esencial. Posiblemente esté tenga su raíz en que nosotros, los hombres, todavía no nos dirigimos suficientemente a lo que quisiera ser pensado. Pero entonces esto, el que todavía no pensemos, sería solamente una tardanza, un atraso en el pensamiento o, a lo sumo, un descuido por parte del hombre. Y, en consecuencia, a esa morosidad humana se le podría poner remedio en forma humana a través de los medios adecuados. El descuido humano ciertamente daría que pensar, pero sólo de manera transitoria. El hecho de que no pensemos todavía sin duda sería digno de pensarse y, sin embargo, como un estado instantáneo y suprimible del hombre actual, nunca podría llamarse lo digno de pensarse por antonomasia. No obstante, cuando lo caracterizamos así, con ello indicamos lo siguiente: el hecho de que no pensemos de ninguna manera se debe a que el hombre todavía no se dirija en medida suficiente a lo que originalmente quisiera ser pensado, que en su esencia permanece como lo que ha de pensarse. Nuestra tardanza en pensar procede, más bien, de que lo merecedor mismo de ser pensado se aparta del hombre y se ha apartado ya desde hace tiempo.

¿No sentimos de inmediato la curiosidad de saber cuándo sucedió esto? Pero antes habremos de preguntar, y habremos de preguntarlo con mayor curiosidad todavía: ¿cómo podemos saber nada de semejante suceso?

Preguntas de ese tipo están al acecho y se precipitan por completo sobre nosotros si añadimos además: lo que propiamente nos da que pensar no se alejó del hombre alguna vez, en una determinada fecha histórica, sino que lo propiamente merecedor de pensarse se mantiene en ese alejamiento desde tiempos inmemoriales.

Por otra parte, el hombre de nuestra historia siempre ha pensado de alguna manera, e incluso ha pensado cosas profundas y las ha confiado a la memoria. Como el que así piensa, permane-

ció y permanece referido a lo que ha de pensarse. No obstante, el hombre no puede pensar propiamente mientras lo que ha de pensarse se sustraiga.

Ahora bien, tal como estamos aquí, si no queremos que nos vengan con historias, lo adecuado parece ser que rechacemos lo dicho antes como una única cadena de afirmaciones vacías, esgrimiendo que lo expuesto nada tiene que ver con la ciencia.

Es bueno que nos mantengamos tanto tiempo como sea posible en esa actitud de rechazo de lo dicho, pues sólo así nos situamos a la debida distancia para un arranque que quizá permita al uno o al otro dar un salto al pensamiento. En efecto, es cierto que lo dicho hasta ahora, y toda la exposición que ha de seguir, nada tiene que ver con la ciencia, y nada tiene que ver con ella precisamente si nuestra disquisición aspira a ser un pensar. El fundamento de este hecho está en que la ciencia por su parte no piensa, ni puede pensar, y, por cierto, para su propio bien, o sea, para asegurar la propia marcha que ella se ha fijado. La ciencia no piensa. Esta afirmación resulta escandalosa. Dejemos a la frase su carácter escandaloso, aun cuando apostillemos inmediatamente que, no obstante, la ciencia tiene que habérselas con el pensar en su propia forma especial. En cualquier caso, esa forma sólo es auténtica y en consecuencia fértil, si se hace visible el abismo que media entre el pensar y las ciencias, y que media entre ambos polos como infranqueable. Aquí no hay ningún puente, hay solamente un salto. Por eso, son perjudiciales todos los puentes provisionales y los puentes de vía estrecha que precisamente hoy quieren instalar un cómodo tráfico recíproco entre el pensar y las ciencias. Y, por tanto, nosotros ahora, en cuanto procedemos de las ciencias, hemos de soportar lo escandaloso y extraño del pensar, supuesto que estemos dispuestos al aprendizaje del mismo. Aprender significa: poner nuestro hacer y omitir en correspondencia con aquello que de esencial se nos adjudica en cada caso. Para que seamos capaces de lograrlo, hemos de ponernos en camino. Y si nos entregamos a la empresa de aprender a pensar, en el camino que tomamos al hacerlo, sobre todo no hemos de engañarnos precipitadamente sobre las preguntas cruciales, y hemos de entregarnos a preguntas donde se busca aquello que no puede encontrarse mediante ningún invento. Además los hombres actuales sólo podemos aprender si a la vez desaprendemos; en el caso que nos afecta: sólo

podemos aprender el pensamiento si desaprendemos desde la base su esencia anterior. Mas para ello es necesario que al mismo tiempo la conozcamos.

Decíamos que el hombre no piensa todavía, y esto porque se aleja de él lo que habría de pensarse; la razón de que no piense de ningún modo está tan sólo en que el hombre no dirige en grado suficiente sus esfuerzos intelectuales a lo que merece pensarse.

Lo que ha de ser objeto de pensamiento se aleja del hombre, se le sustrae. ¿Pero cómo podemos saber lo más mínimo, cómo podemos siquiera nombrar lo que desde siempre se nos sustrae? Lo que escapa de nosotros se niega a llegar. Sin embargo, el sustraerse no es mera nada. El retirarse es un evento. Lo que se nos escapa puede afectarnos e incitarnos más que todo lo presente, que nos sale al encuentro y nos concierne. Somos propensos a tomar la afección de lo real por la realidad de lo que existe en nuestro mundo. Ahora bien, precisamente la afección por parte de lo real puede cerrar al hombre frente a lo que le afecta, si bien lo hace en una forma enigmática, de tal manera que se le escapa en cuanto se le sustrae. El evento de ese sustraerse podría ser lo más presente en todo lo ahora presente y así superar infinitamente la actualidad de todo lo actual.

Lo que se nos sustrae precisamente nos arrastra consigo, con independencia de que lo notemos o no inmediatamente, con independencia de que ni siquiera lo notemos. Cuando estamos bajo la corriente del sustraerse, nos hallamos —en forma muy distinta de la manera como las aves de paso se comportan con las corrientes— en camino hacia lo que nos atrae, y nos atrae escapándose-nos. En cuanto nosotros, como los así atraídos, estamos en el camino que lleva hacia lo que nos atrae, nuestra esencia está acuñada ya por ese «camino que nos lleva a...». En el camino hacia lo que se sustrae, nosotros mismos apuntamos a lo que se retira. Nosotros somos nosotros en cuanto indicamos hacia allí, y no indicamos hacia allí accesoriamente y de pasada, sino que ese «estar en camino hacia...» es en sí una esencial y, por eso, constante indicación de lo que se sustrae. «En camino hacia...» significa ya: señalando lo que se nos sustrae.

En cuanto el hombre *es* de cara al tiro de dicha corriente, indica como el que así tira en dirección a lo que se sustrae. Como el que indica hacia allí, el hombre es el indicador. Y, en éllo, el

hombre no es primero hombre y, luego, además y ocasionalmente, un indicador, sino que el hombre es por primera vez hombre en cuanto llevado a lo que se sustrae, estando en camino hacia esto y, por ello, señalando a lo amagado. La raíz de su esencia está en ser ese indicador. A lo que en sí, por esencia, es un indicador, lo llamamos signo. El hombre es un signo en el camino hacia lo que se sustrae. Pero como este signo indica lo que se sustrae en cuanto escapa, no señala tanto lo que allí se sustrae, cuanto el sustraerse. El signo queda sin interpretación.

Hölderlin dice en un esbozo de su himno:

Somos un signo por interpretar.

Y el poeta continúa en las dos líneas siguientes:

No damos muestras de dolor,
habiendo perdido la lengua en la lejanía.

Los esbozos para los himnos, junto a títulos como los de «La serpiente», «El signo», «La ninfa», exhiben también el de «Mnemosine». Podemos traducir la palabra griega por memoria. Podría disputarse acerca del artículo adecuado. Nuestra lengua dice también «el recuerdo», pero admite de igual manera modalidades de artículos como la cosa, la autorización o, por otra parte, el sepelio, el acontecimiento. Y Kant, por ejemplo, en su terminología unas veces antepone el artículo «el» y otras «lo» al conocimiento (*Erkenntnis*). Por eso, en correspondencia con el femenino griego, podemos traducir sin infligir violencia *Μνημοσύνη* por «la memoria».

En efecto, Hölderlin usa la palabra griega *Μνημοσύνη* como el nombre de una titánide. Según el mito, ella es la hija del cielo y de la tierra. Mito significa: la palabra que dice. Y decir es para los griegos: hacer manifiesto, hacer que aparezca y, en concreto, hacer que se manifieste y aparezca el aparecer y lo que adquiere presencia en el aparecer, en su epifanía. *Μῦθος* es lo que se hace presente en una leyenda: lo que aparece en la desocultación de su requerimiento. *Μῦθος* es el requerimiento que afecta a toda esencia humana previamente a ella y desde su base, un requerimiento que permite pensar en lo que aparece, en lo que viene a instalarse en la presencia. *Λόγος* dice lo mismo. *Μῦθος* y *λόγος*,

contra lo que opina la usual historia de la filosofía, de ninguna manera llegan a oponerse por causa de la filosofía como tal; más bien, precisamente los tempranos pensadores de Grecia (Parménides, fr. 8) usan esos términos con la misma significación. Μῦθος y λόγος se escinden y contraponen por primera vez allí donde ni el uno ni el otro pueden conservar su esencia inicial. Esto sucedió ya en Platón. Creer que el mito fue destruido por el *lógos* es un prejuicio de la historia y de la filología, un prejuicio que, sobre la base del platonismo, éstas tomaron del racionalismo moderno. Lo religioso nunca es destruido por la lógica, eso acontece tan sólo por el hecho de que Dios se sustrae.

Mnemosine, la hija del cielo y de la tierra, como esposa de Zeus en nueve noches se convierte en madre de las musas. Juego y música, danza y poesía pertenecen al seno de Mnemosine, de la memoria. Sin duda esta palabra significa algo más que la simple facultad psicológicamente constatable de retener lo pasado en la memoria. La memoria piensa en lo pensado. Ahora bien, «memoria», como nombre de la madre de las diosas, no significa un pensamiento cualquiera de cualesquiera cosas pensables. Memoria es la concentración del pensamiento en aquello que por doquier haya podido ser pensado ya. Memoria es la congregación del pensamiento. Ella abriga en sí y esconde lo que en cada caso ha de pensarse antes en todo aquello que llega a estar presente, en aquello que, siendo, otorga el haber sido. La memoria, la madre de las musas, el recuerdo de lo que ha de pensarse, es la fuente de donde mana el pensamiento. Por eso, la poesía es el agua que a veces corre hacia atrás, hacia la fuente, hacia el pensamiento como recuerdo. Mientras creamos que es la lógica la que nos instruye sobre lo que es pensamiento, seremos incapaces de pensar en qué sentido todo poetizar descansa en el recuerdo. Toda acción poética brota de la meditación del recuerdo.

Bajo el título «Mnemosine» dice Hölderlin:

Somos un signo por interpretar...

¿Quiénes somos nosotros? Somos los hombres de hoy, los hombres de un hoy que lleva ya tiempo durando y al que todavía le queda tiempo por durar, pero eso en una prolongación para la que ningún cálculo temporal de la historia puede aportar una